

Polonia la católica



El Papa Wojtyla, a pesar de su intuición natural, es deudor de su propia experiencia política, cultural y religiosa. Por eso no podemos esperar que vea las cosas ni asépticamente ni —como decían los anti-guos— “sub specie aeternitatis”.

Además —a través de la diplomática política vaticana con el Este en estos años últimos— ha conseguido Wojtyla de la Curia romana mucho más de lo que hemos conseguido los occidentales, que hemos estado envueltos en la maraña de estrechos intereses del italianismo reinante en las alturas de la Iglesia, y que tan criticado fue por los católicos ingleses, sobre todo en este siglo, por haber sido principales víctimas de esta política de corto alcance, a pesar de que muchos —equivocadamente— creen todavía en la agudeza diplomática de la Secretaría de Estado vaticana.

No es así extraño —pero sí fuertemente criticable— que este Papa, que tan poco gusta a los progresistas españoles, haya elegido 15 nuevos cardenales (uno todavía sin saberse su nombre, pues el Papa lo tiene “in pectore”) entre los que, al menos, seis son italianos, y —cosa inaudita para la marcha universalizante que estaba llevando la Iglesia en estos años— once de ellos europeos. Tenemos un Colegio Cardenalicio con mayoría europea (70), una proporción injustamente menor del Tercer Mundo (49) y un plantel bien florido de moderados y curialescos norteamericanos (17).

Esta estructura del Senado católico, un Senado que es la cúpula directiva de la Iglesia (sobre todo cuando da el paso delicado hacia la elección de un nuevo Papa), resulta un peso muerto, tanto para el “aggiornamento” que quería Juan XXIII como para el avance que queremos los progresistas católicos, sea cual sea nuestra particular orientación dentro de la apertura religiosa que pretendemos.

Por eso, cuando fue a Puebla el Papa, la Curia romana que le está rodeando —y le bloquea— preparó engañosamente su información sobre los problemas humanos y religiosos del continente latinoamericano, y los discursos pasaron por el lavado de cere-

bro informativo a que le habían sometido estos omnipotentes burócratas de la dudosa Santa (?) Sede.

Todo este conglomerado de cosas negativas se unen en Wojtyla con la experiencia localista de que he hablado al principio, y que le imprime un sello especial político, cultural y religioso.

Wojtyla es el prolongador de Wyszynski. Un apéndice más diplomático, pero igualmente firme. Al cardenal primado de Polonia se le ha llamado el De Gaulle polaco. Y no carece de fundamento esta denominación, porque es un hombre más rígido, más autócrata y más envarado que Wojtyla. Pero no nos engañemos, ya que el del fin, el predilecto, el discípulo de Wyszynski es el actual Papa. Y por eso encontramos en él —bajo formas más suaves— la rigidez moral, la dureza eclesial y el recelo antimarxista, unido todo ello a las formas religiosas que en su país ha fomentado indirectamente como reacción el régimen comunista, que primero fue stalinista y después resultó más distendido, pero siempre celoso de su dominio cuasitotalitario.

En ese país, el 90 por 100 de católicos tienen una práctica religiosa bastante más del doble de la nuestra actual (50 por 100 de asistentes a la Misa dominical), con un matiz auténticamente popular (en la ciudad obrera de Nowa Huta, la práctica religiosa es del 68 por 100) y con una historia de tolerancia religiosa (se le llamaba tradicionalmente el asilo de judíos y herejes). Esa es la razón por la que la jerarquía católica se siente allí fuerte contra el poder reinante, que se ha inclinado demasiado hacia la restricción religiosa, aunque ahora ha suavizado mucho sus posturas. Y se sienten fuertes los obispos por el apoyo que el pueblo les da, ya que ellos mismos —siglo tras siglo— se lo han brindado también a él.

Nosotros, en cambio, hemos vivido del grito “¡al quemadero!”, como pedía en el pasado siglo el filósofo Rancio para quien no pensase reaccionariamente como él. Y en la Edad Moderna —cuando ya no había en Europa Inquisición—, nuestros Católicos Reyes la impusieron, y perduró hasta entrado el

siglo XIX. Los más conspicuos pensadores católicos —como el presbítero Simón López— de hace cien años o poco más, pedían que nunca se sobrepasase la barrera de los Pirineos, para no ser infectados por las ideas cultas de la Europa de entonces; y pregonaban con orgullo —como el bueno de don Antonio Capmany— que “la falta de lectura de nuestro pueblo es la que le ha preservado de este contagio”.

En cambio, el catolicismo polaco ha constituido una Iglesia popular, que ha luchado por la libertad de su pueblo ante cualquier dominador, y se ha identificado con las masas contra cualquier poder avasallador o contra los grupos de intereses; que ha sabido respetar a los intelectuales católicos progresistas, quienes fueron los que salvaron al rígido Wyszynski de su prolongada detención política por el régimen de Gomulka. Por eso no se da en ella el fenómeno anticlerical de los pensadores latinos, y tiene una imagen muy distinta del nacionalcatolicismo hispano.

Ahora ha habido, por eso, en todo el mundo una gran expectación, como lo demuestra el hecho de que al Concilio Vaticano II fueron para su inauguración 1.200 periodistas, y a Polonia acaban de ir más del doble (unos 3.000).

Sin embargo, todo ello no está tan claro ni es tan prometedor. En un país con 600.000 abortos anuales, sigue la jerarquía las más estrictas normas intolerantes ante este hecho. Con una juventud que pretende menos formalismos eclesialísticos, sigue manteniendo estructuras —lo mismo canónicas que rituales— casi de antes del Concilio, y las devociones religiosas fomentadas por la jerarquía tienen un matiz folklórico tan ingenuo que difícilmente pueden convencer a un intelectual o a un universitario.

Esa es la Polonia católica, tan compleja y tan diferente de la nuestra, y en la que —con cosas que nos atraen— no todo lo que reluce en ella es de oro. ■